

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

La lluvia fina era como pequeños dardos que rebotaban en sus brazos. Cuanto más corría más la sentía. Había dejado atrás el Valle del Oso, dónde cazó y comió un conejo que le rehízo. Ascendía ahora la Colina del Cuervo desde la que escudriñaría la zona norte de caza de su tribu. Cada zancada que daba, notaba como expulsaba el aire con más fuerza, los pulmones le ardían.

Cuando llegó a la cima, apoyó las manos en sus rodillas y respiró pausadamente varias veces para recuperarse. Alzó la vista y se dio un momento para contemplar aquel cielo plomizo que se derramaba sobre el Pantano de las Almas, el Bosque Gris, las Llanuras Doradas y el Cañón del Huego. En este último había volcado todas sus esperanzas de encontrar la pieza que necesitaba y era a donde se encaminaría después de comer algo.

Dejó su arco y carcaj apoyados en el tronco de un antiguo árbol y se aflojó un poco el vendaje de su mano izquierda, después, sacó de su zurrón un cuchillo que perteneció a su padre con el que había vivido muchas cacerías. Hizo uso de las enseñanzas de su abuela para encontrar raíces, bayas y hojas comestibles de la zona. Cuando encontró suficientes se acercó al precipicio, desde el que había contemplado el vasto paisaje y se sentó con las piernas colgando. Dando gracias a la naturaleza por lo que iba a comer dejó caer al vacío una parte como ofrenda.

Hubiera dado hasta su última flecha por tener una ración del estofado de venado que preparaban en su pueblo para el solsticio de verano. Dejó las bayas para el final y empezó por las hojas y las raíces. Envolvió las últimas con las primeras y masticó fuerte para sacar todos los nutrientes que necesitaba.

Sus pensamientos fueron revoloteando por sus vivencias de la infancia hasta remontar al ritual que había practicado con su abuela hacía cinco noches, en vísperas del inicio de la prueba. – Te traerá suerte, Neko – le dijo ella. Lo llevaron a cabo en una de las chozas

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

más apartadas. Su abuela le hizo sentarse junto al fuego central mientras preparaba las brasas. Él centró su mirada en aquel naranja y negro tan atrayente mientras ella añadía distintas hierbas, hojas y ramas verdes a la hoguera. – Respira hijo y centra tus pensamientos en tu presa, visualízala – aspiró aquel humo mientras que su abuela canturreaba un poema, más antiguo que ella, sobre las hazañas de un héroe de la tribu. Gracias a aquellas fragancias y la voz grave de su abuela entró en un estado adormilado en el que imágenes de animales se le aparecían. Se centró en una de ellas, una que representaba a un huargo grandioso a la entrada de una cueva en un cañón que reconoció al momento. El animal tenía la mirada centrada en él y estaba tenso. Quiso participar en el sueño y se concentró aún más en la voz de su abuela. El huargo empezó a gruñir cuando Neko se le acercó. Extendió una de sus manos y se la dio a oler. El lobo gigante relajó sus músculos, pero sin dejar de mostrar sus dientes. – Tranquilo, amigo – dijo mientras pasaba la mano por su lomo sintiendo el pelaje del animal y debajo su columna. – ¿De qué tienes miedo? ¿Y esta cueva? – Justo después de pensar la última pregunta el lobo se giró más rápido que el viento y mordió la mano izquierda de Neko. No fue un aviso, no quería marcar. Este emitió un quejido de dolor y se despertó de golpe sintiendo todas aquellas punzadas. Se miró la mano y vio que la tenía ensangrentada. Su abuela dejó de cantar y se le acercó – Déjame ver... parece que has elegido una presa a tu altura. - - Pero abuela... - dijo él – No me cuentes nada. Tu visión es tuya y solo tú puedes entenderla y sacarle provecho. – le dijo mientras sacaba una tira de piel muy fina del interior de su abrigo de pieles. Seleccionó unas cuantas hierbas que aún no habían prendido, las mordisqueó y puso parte sobre las heridas para después vendarlas con la piel. El resto las envolvió en un pañuelo que improvisó arrancando un trozo de la tela con la que había traído envueltas las hierbas y hojas – Toma, hijo, ve y descansa. Mañana nos veremos al inicio de la prueba. –

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

El sabor amargo de las raíces le hizo volver de sus recuerdos. Se quitó del todo el vendaje y limpió los restos de hierbas de las heridas que estaban terminando de cicatrizar. Sacó el pañuelo que le había preparado su abuela con el resto de hierbas, las mordisqueó y tapó con ellas las cicatrices. Volvió a vendarse la mano y se levantó, aspiró hondo y empezó a correr colina abajo. Hacia el norte.

La prueba a la que se enfrentaba era muy antigua, su madre le había contado historias que le había contado su abuelo y a él, su abuelo. Es un rito de iniciación a la caza, resumían los que la habían hecho. Pero es algo más, es encontrar al animal que será tu espíritu familiar el resto de tu vida, por un lado. Es definirte como el tipo de cazador que serás: cazador de carne, de pieles, cazador de huesos... por otro. Si la completan todos los aprendices de cazadores, es augurio de buena caza esa temporada.

Se lleva a cabo en la época de lluvias, cuando los rastros son más difíciles de seguir. Y esa vez la tribu presentó a tres jóvenes al consejo para que la hiciesen. Tenían media luna para atrapar a su presa. No era una competición, pero las comparaciones al final de la misma no se hacían esperar en el gran festejo final.

Neko eligió las tierras del norte basándose en su visión. Sabía que los otros dos participantes habían pasado por rituales parecidos y habían elegido, Lía, el sur y Min, el oeste. La mañana del comienzo de la prueba trajo un cielo encapotado, había estado lloviendo dos días seguidos y el pueblo estaba todo embarrado. Todo fue muy rápido, el jefe les había dado ánimos y les dio la salida. Neko empezó a correr y mientras se alejaba distinguió la voz de su abuela - ¡Corre, Neko! – Y eso es lo que había hecho durante cinco días.

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

Para llegar al Cañón del Huargo, tenía que atravesar parte del bosque Gris. Entrar en él, correr un día hacia el norte y luego medio hacia el este. Era un bosque muy espeso donde los arbustos crecían uno al lado del otro sin distinción y los árboles, milenarios, habían tejido una techumbre de ramas y hojas en su lucha por acercarse al sol. Correr se hacía difícil, el ambiente era muy húmedo y tenía una temperatura más elevada que en el exterior, pero echó a un lado todo pensamiento negativo y no bajó la marcha dejando que algunas ramas le arañasen la piel a su paso. Para orientarse tenía que parar y subir a la copa de algún árbol. Auparse más alto que el tupido techo del bosque y tomar referencias de las siluetas grisáceas de cadenas montañosas que frenaban, muy a lo lejos, este mar viviente verde oscuro.

Cuando el día perdió la poca luz que tenía, decidió parar. Ya era difícil correr dentro del bosque en penumbra y, en ese momento, todo eran sombras oscuras. Se hacía imposible seguir. Descargó su arma de cazador y su zurrón y rastreó la zona en busca de alimento. También se hizo con ramas finas y lianas para fabricar trampas para tener algo que comer al día siguiente. Casi a ciegas dejó media docena preparadas en el perímetro de su improvisado campamento y se echó a descansar. Para no dormirse más de la cuenta, recordó un antiguo truco que le había contado su padre. Ató una roca en un extremo de una liana, pasó esta por encima de una rama de forma que colgase y agarró el otro extremo con una mano. Se echó a descansar. Cuando cayó dormido, soltó la liana y el ruido de la roca al caer lo despertó. Había llegado al acuerdo consigo mismo de que repetiría ese procedimiento cuatro veces. Sería descanso suficiente.

Aún seguía el bosque pintado de azules oscuros cuando fue a revisar las trampas. Se habían activado cuatro y había presas en dos. Rompió todas las trampas mientras las revisaba y dio gracias por sus presas, dejando unos frutos que le sobraron de la comida nocturna, donde durmió. Había cazado un par de roedores de mediano tamaño, los

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

guardó en el zurrón para cuando saliese del bosque. Subió a la superficie del bosque para guiarse de nuevo, tomó una profunda bocanada de aire no viciado y decidió que ya podía girar al oeste. En esa dirección, una V formada por dos montañas que se tocaban por la base, señalaba la entrada al Cañón del Huargo. Se sumergió de nuevo en el bosque y reemprendió la carrera justo cuando empezaba a llover. El ambiente se cargó aún más y aunque el agua no lo tocaba directamente, pronto sus botas de pieles empezaron a acumular barro en las suelas. Paró un par de veces a limpiarlas. Creía que iba bien de tiempo, había calculado cuatro soles para capturar a su huargo. Llevaba siete de camino, lo que le dejaba un margen de tres para imprevistos.

El bosque empezó a hacerse menos espeso y se respiraba mejor, estaba llegando a la linde del bosque. Eso le dio ánimos para forzar un poco más el paso. Cuando de repente sintió un fuerte tirón en la pierna que tenía retrasada. Algo lo arrastró hacia atrás. Cayó golpeando con el pecho y la cara en el suelo y luego el tirón cambió de dirección hacia arriba y notó que empezaba a elevarse. Cuando paró el tirón, estaba colgado por su pierna derecha, cabeza abajo, de una cuerda atada a un sistema muy rudimentario de nudos que unían más cuerdas, anclado a uno de los árboles milenarios del bosque. Le dolía mucho la pierna por la que se sujetaba. - Cazador, cazado - pensó. Y por un momento vio peligrar la prueba. Relajó su cuerpo y dejó caer los brazos intentando obviar el dolor para pensar con más claridad, sus armas y zurrón se deslizaron y cayeron al suelo. - ¿Qué puede salir peor? - musitó. Estaba a diez codos del suelo y siete de la rama más cercana. El tronco del árbol no estaba más cerca que la rama. Escuchó como unos truenos anunciaban una tormenta mientras empezaba a balancearse para acercarse al tronco. Un par de balanceos más y lo alcanzaría. Al tercero, se aferró como un felino a la corteza. El cuerpo de aquel árbol era muy ancho y sus manos empezaban a resbalar, además, sentía como la cuerda lo atraía a su posición inicial. Antes de perder las manos,

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

se impulsó de nuevo apoyando la cara contra la madera, soltó las manos para ponerlas un poco más arriba. Pero resbalaron del todo en el intento y cayó arrastrado por la cuerda. El sonido de un trueno acompañó su balanceo. Ya no sentía la pierna por la que estaba atado y el dolor había pasado a la cadera. Dejó caer los brazos de nuevo y se quedó mirando el vendaje. Lo deshizo, se le ocurrió una idea para utilizar la tira de piel. Todo iría bien si esta podía aguantar su peso. Hizo un nudo todo lo ancho que pudo en uno de sus extremos y se balanceo de nuevo hasta que llegó al tronco. Esta vez se agarró bien, soltó la mano que tenía el vendaje para lanzarlo a la copa del árbol. El primer intento falló y la venda quedó colgando de su mano. La otra mano empezaba a resbalar de nuevo. - Un intento más, solo uno. - pensó. Clavo las uñas en la corteza y lanzo de nuevo la venda. El nudo del extremo quedo trabado en la unión de dos ramas recias justo cuando se soltó de la otra mano. Pero no soltó la venda y aunque descendió un poco, no volvió a caer. Estaba suspendido, sujeto por la cuerda atada su pierna y la venda sujeta por la mano. Empezó a estirar de la venda hacia él y esta empezó a crujir. Le temblaban los brazos por el esfuerzo, poco a poco, palmo a palmo, iba a ascendiendo. Las manos empapadas en sudor resbalaban en la piel por lo que rodeó la palma de su mano con una vuelta de venda para no perderla e intentó recuperar fuerzas. Comprobó que era peor y que aún parado seguía haciendo fuerza resistiendo el tirón de la cuerda y la venda seguía crujiendo. Utilizando su último impulso siguió subiendo hasta que, por fin, estuvo paralelo a la rama que sujetaba la cuerda. Dio un fuerte estirón a la venda, esta se partió, pero con reflejos de puma fue capaz de abrazarse a la rama. Con los dos brazos bien afianzados recorrió la rama hasta donde estaba atada la cuerda mientras dejaba de sentir la fuerza de esta en la pierna. Cuando pudo, agarró sus piernas también a la rama. Y así, colgado de piernas y brazos llegó al nudo. Se puso a horcajadas encima de la rama y empezó a soltar nudos del sistema de cuerdas. Cuando

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

fue libre, descendió del árbol, no sin problemas ya que no sentía la pierna derecha. Se tumbo en el suelo a descansar, pero no se dio mucho tiempo. No quería saber quién había puesto la trampa, si era de una de las tribus rivales podía tener problemas cuando viniesen a comprobarla. Recuperó su equipo e improvisó una muleta con una rama para seguir su camino.

Antes de salir del bosque y alejado de la zona de la trampa, encendió una pequeña hoguera para cocinar los roedores y comió rápido. Apagó la hoguera y siguió cojeando hacia el cañón. La pierna aún le dolía, pero se iba recuperando. Había dejado de llover y cuando llego a la entrada al cañón comenzaba la noche. Bebió del agua cristalina y helada del riachuelo que descendía por él y se detuvo en un abrigo de roca a descansar. Había perdido tiempo y en esas condiciones no sabía si iba a poder cazar su huargo. Siguió pensando hasta que se quedó dormido.

Despertó despejado y con la pierna mucho mejor. Era noche cerrada y se entreveía la luna entre una espesa niebla que había descendido sobre el cañón, luna llena, noche de caza. Se levantó para continuar su camino. Ya no necesitaba la muleta, aunque aún cojeaba un poco. De repente le sorprendió un aullido profundo que anunciaba los peligros de la noche, no hubo respuesta. - Un solo huargo. Sin compañeros. ¿Estarán de caza el resto en tierras lejanas? - Siguió subiendo el cañón. Las paredes eran cada vez más altas. Muros de piedra que aprisionaban sin dejar escapatoria más que hacia adelante o hacia atrás. De vez en cuando el espacio se ensanchaba donde se había formado una pequeña balsa de agua cristalina que reflejaba la luna, una luna difusa por la insistente niebla. De nuevo un aullido. Mucho más cercano. Puso el cuchillo en su cinto y armó el arco. - Vamos amigo, muéstrate - Tras un rato andando, llegó a un punto en que los muros se estrechaban y el riachuelo tocaba a ambos lados. Empezó a cruzar el angosto pasillo que tendría veinte pasos de largo y doce brazos de altura. El agua no

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

era profunda, pero le congeló los pies. Siguió avanzando y al dar el décimo octavo paso, de nuevo un aullido, pero esta vez sonó detrás de él, claro, profundo y helador como el agua. - Pero ¿cómo es posible? No debe estar a más de cincuenta pasos de distancia, maldita niebla. – dijo girándose. Tenía que salir de aquel pasillo y se impulsó hacia adelante. - Seguro que me ha olido. - Pensó mientras entraba en un recinto circular de unos treinta pasos de diámetro y con muros más altos que los del pasillo. Una catarata insuperable presidía la zona, en el lado izquierdo una balsa enorme en forma de luna decreciente cubría el suelo. En el lado derecho, la entrada a una cueva oscura como una noche en el Bosque Gris. Y el resto, suelo de guijarros, ningún parapeto. Reconoció la cueva, era la que había visto en la visión. - Vamos, amigo, solo faltas tú y la visión estará completa. - Pensó mientras se colocaba en el centro de la plaza y tensaba su arco en dirección al pasillo por el que había entrado cubierto por la niebla. Oyo pasos lentos en el agua y un gruñido grabe y sostenido, pero no veía nada aún. - ¡Muéstrate! - se sorprendió chillando. Una silueta se empezó a formar saliendo del pasillo, era más alta que él y oscura como el carbón. Dos ojos amarillos centellearon cuando un haz de luz de luna se reflejó en ellos. El gruñido no cesaba y, de repente, la bestia ladró de tal forma que los oídos le hicieron daño y le retumbo el pecho, para volver al gruñido sostenido que hacía que vibrase la cuerda tensa de su arco. Lentamente se fue formando la figura del animal, majestuoso a la luz de luna, primero la cabeza con sus dos orejas enhiestas y una boca fortificada por dos empalizadas de lanzas de marfil y esos ojos que lo ahogaban. Los hombros eran una mole de músculos tensos que reposaban sobre dos columnas azabache y en la base unas pezuñas acabadas en cuatro dagas. Volvió a ladrar. Y agachando la cabeza se empezó a mover hacia la izquierda sin apartar la vista y sin dejar de gruñir. Pudo ver que su pata trasera izquierda la tenía encogida y cojeaba levemente cuando andaba. Se dirigía hacia la entrada de la cueva. Neko estaba

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

paralizado, pero sacó fuerzas para tensar aún más el arco. El huargo ladró tres veces muy seguidas y se puso entre la cueva y él. - ¿Y ahora qué? Amigo. No quiero abatir a una presa herida, no hay honor en ello. Pero tú, hasta con tres patas heridas me despedazarías si me tuvieses a rango. - La bestia, sin dejar de gruñir, agachó a un más la cabeza y tomo una postura ofensiva. Con cada respiración, dos vocanadas de vaho salían propulsadas de su nariz. Estaba lista para atacar. - Eres mi espíritu familiar, lo he visto. - Le explicó Neko concentrado en la cuerda tensa de su arco. - ¿Cómo resolvemos esto rey del cañón? - El lobo gigante dejó de gruñir sin perder su postura - Ya veo que no ves la salida tú tampoco. Dime al menos por qué proteges la cue.. - Cinco ladridos seguidos y volvió el gruñido. - Diría que me entiendes. - Continuó Neko mientras empezaba a despuntar el alba. - Tranquilo, amigo, ¿dejarás de gruñir si bajo el arma? - Dejó caer el arco a un lado y recogió la flecha en su carcaj. Cesó el gruñido. - Tengo una misión, ¿acaso he fallado? ¿acaso no eres tú mi familiar? - Dos ladridos. - Está bien, los tiro, mira. - Y Neko lanzó a unos pies de distancia el arco, el carcaj y el cuchillo. El animal se sentó y le clavó la mirada aún más. - ¿Que ves con esos ojos que me escrutan por fuera y por dentro? - El lobo relajó su expresión facial, entreabrió la boca para empezar a respirar por ella mientras colgaba su lengua. Y giró un poco su cabeza como si por esa oreja escuchase mejor. - Esta bien, me has vencido. Desandaré mis pasos. Gracias por no atacarme. ¿Puedo marcharme en paz? - Un ladrido. Neko se dio la vuelta y se dirigió hacia el pasillo de salida pensando en cómo había fallado la prueba y lo que supondría eso para su tribu. Cuando había metido uno de sus pies en la helada agua, oyó tres ladridos, graves, calmados. Se giró y vio que el lobo estaba mirando hacia la cueva. Tres ladridos más. Tras unos segundos, que se le hicieron eternos, de la cueva emergieron dos cachorros de huargo andando a trompicones. - Así que eres una hembra. Y pensar que me idea era darte muerte. ¿Qué hubiesen hecho estos dos? - Los dos

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

cachorros se enredaron entre las piernas de la reina del cañón y empezaron a mamar. - Así que no sólo te protegías a ti. Perdona por no saberlo ver. Marcho ya. Quedad en paz. - Dos ladridos. - ¿Qué más quieres de mí? - Un ladrido. Neko volvió al centro del recinto. Cuando los cachorros terminaron, la loba los lamió y se puso a andar hasta el principio del pasillo. La siguieron tropezando con cada guijarro. - ¿Te vas? Muy bien, así no sabré a dónde te diriges. - Un ladrido. - ¿Algo más? - Un ladrido otra vez y la huargo miró hacia la cueva. Otro ladrido y dirigió la mirada hacia Neko de nuevo. - ¿La cueva? ¿Yo? - La loba se giró y empezó a andar de nuevo entrando en el pasillo con sus cachorros. - Está bien, vive feliz mi reina. - y cuando dejó de verlos oyó un aullido lastimero que se alejaba bajando por el cañón. Neko se acercó a la entrada de la cueva y notó que el ambiente estaba caldeado. - ¿Unos gemidos? - pensó ¿qué era eso que oía al fondo de la cueva? Se adentró sin pensarlo y descubrió, cubierta por unas hierbas secas, una cachorra de huargo a penas recién nacida. No podía andar aún y se quejaba pidiendo que le dieran de comer. - Mi reina - pensó - ¿ella es mi familiar? - y volvió a escuchar otro aullido lastimero que venía de tan lejos que no sabía si lo había confundido con el ulular del aire.

-Salve, Neko. Y así termina la historia de por qué los huargos son nuestros amigos y nos protegemos mutuamente. Protegen nuestros pueblos por las noches, son nuestros compañeros de caza, protegen a nuestros rebaños cuando pastan. Son uno con nosotros y por eso la tribu nos hermana con uno cuando nacemos. ¿Te ha gustado? - - Salve, Neko. Si madre, mucho. Pero... ¿Qué fue de Neko? ¿Por qué no seguimos haciendo la prueba? ¿Y la reina del cañón y sus cachorros? ¿Y la trampa? ¿era de alguna tribu rival? - - Ja, ja, ja, ja, es una leyenda. Y como toda buena, tiene sus preguntas sin

¡Corre, Neko! ¡Salve, Neko!

respuesta. O mejor aún, respóndelas como tú mejor te las imagines. Y ahora a dormir. -

- ¿Puede dormir mi cachorro de huargo conmigo? - - Esta noche sí, pero no te

acostumbres. Buenas noches. - - Buenas noches, madre. -